

Señales de esperanza en la cultura popular

Pedro Gómez García

Misión Abierta (Madrid), 1980, vol. 73, nº 4: 87-94.

De cuatro mil quinientos millones de seres humanos, más de una tercera parte de analfabetos totales, en el planeta, no parece un dato halagüeño, con vistas a la esperanza de una revolución cultural.

Frente a los modelos occidentales, norteamericano o soviético, e incluso frente al fracasado modelo chino, hay no pocos que hablan de cultura popular, como línea alternativa. Pero eso resulta bastante confuso, si tenemos en cuenta lo poco definidos que están ambos términos.

Aclaración de conceptos

La idea vulgar de «cultura» como posesión de saberes más o menos librescos no sirve. Los antropólogos aportan una gama muy variada de definiciones, discrepantes entre sí; pero vendrían a coincidir en rechazar el concepto de «cultura» restringido a uno de los niveles del sistema social. Para ellos, una *cultura* equivale a una sociedad en su conjunto, determinada por su peculiar modo de vida, sus relaciones con el medio ecológico, su sistema tecnoeconómico, su estructura de parentesco, su organización sociopolítica, sus esquemas mentales, creencias y valores. Lo cultural es todo, en la sociedad humana.

En cuanto al calificativo *popular*, no es menor la ambigüedad. ¿Quién es el pueblo? En las sociedades más simples, preestatales, quizá sea fácil la respuesta. Pero en las sociedades clasistas, yo no es tan evidente. ¿Se trata de la región o «nacionalidad»? Entonces, la cultura popular se asemejaría a una herencia histórica, sometida a un doble proceso disolutivo: de homogeneización según los cánones del sistema mundial dominante y de enquistamiento folclórico para lo restante. No obstante, lo popular podría constituir un concepto interclasista. Quizá haya que referirlo sólo a las clases trabajadoras y oprimidas. En este último caso, ¿se puede afirmar que tienen una cultura propia, popular? ¿O más bien, esas clases medio viven de retazos de la cultura general, a veces deteriorados, sin un protagonismo independiente?

Puede, finalmente, que la «cultura popular» sólo apunte a una utopía, que hay que ir construyendo, objeto de una esperanza que vaya orientando los pasos de aquellos que se ocupan y preocupan de la humanización del hombre. Si por tal queremos aludir a una sociedad donde los individuos dominan directamente sus condiciones de existencia, donde todos comparten lo que hay, deciden juntos en favor de los intereses sociales y cualquier saber se hace opinión pública, sin duda tendremos que andar en sentido inverso del llamado progreso histórico. Entre las sociedades «primitivas», encontraremos los ejemplos más genuinos de culturas populares.

La imagen del hombre cabal, dueño de su vida y artífice de su destino, no cabe ya en las sociedades complejas de los tiempos antiguos o modernos, en las que el pueblo ha ido siendo desarticulado, suplantado en sus poderes; y el hombre, descoyuntado, amputado de su capacidad de pensar por sí, asociarse desde sí mismo y controlar autónomamente la producción de lo necesario para cubrir sus necesidades, fijadas también por él. Por esto nos urge tematizar la revolución cultural. Sólo puede serlo, si conmueve hasta los cimientos todas las dimensiones del sistema social. De lo contrario, la expresión —como tantas— la secuestrarán sus enemigos y la utilizarán como señuelo para desprevenidos, acabando por designar, si acaso, irrisoriamente, medrosos cambios en el plan de estudios.

Civilización contra supervivencia

Más de ciento cincuenta estados nacionales, encorsetadores de un número notoriamente mayor de culturas, que incrementan cada año el presupuesto de armamento, en proporción incomparablemente más elevada que el de educación pública, tampoco ayudan a imaginar un horizonte esperanzador. El hecho de que, a nivel mundial, se gaste en equipar a un soldado ochenta veces lo que cuesta un estudiante deja bien al descubierto las opciones de la «civilización». Pues se sabe que son los países más avanzados los grandes promotores y beneficiarios del negocio armamentista.

La problemática mundial, puesta de relieve, en los últimos decenios, por muchas voces de alarma, por ejemplo, los informes al Club de Roma, nos muestra que los problemas de la humanidad no se pueden seguir considerando de manera fragmentaria, ni a escala de un sólo pueblo o estado, sino que todo el planeta está complicado, sea en su resolución sea en la catástrofe. En tal contexto, avance o transformación cultural viene a ser lo mismo que descubrimiento y aplicación de soluciones a los graves problemas de superpoblación, alimentación, energía, medio ambiente, desempleo, etc. Y soluciones verdaderas, que no acarreen, a la corta o a la larga, un empeoramiento de la situación, o un peligro aún mayor para la supervivencia del género humano (como es el caso de las centrales nucleares, o de la carrera de armamentos).

Si esta transformación cultural hubiera de tener, además, un sesgo popular, significa que habría que poner en manos de organizaciones autónomas del pueblo, en diversos planos, los instrumentos para esa transformación.

Y si la búsqueda de soluciones a los grandes problemas de la humanidad tuviera preferencia, a ella se destinarían las más cuantiosas inversiones en investigación.

Actualmente, casi la mitad de los científicos del mundo trabajan para proyectos militares, mientras que el despilfarro armamentista sobrepasa los cien mil millones de pesetas *al día*. Uno de los informes al Club de Roma asegura que, con sólo una parte

de estos recursos, se podría hacer frente a casi todos los problemas de alcance mundial.

Qué se entiende por cultura

Pero, quizá no hemos comprendido bien lo que quiere decir «civilización».

Lo cierto es que no debe connotar ningún sentido de igualdad, a la vista de la brecha entre países ricos y países pobres, incesantemente ahondada por los primeros, desde el Renacimiento, por intermedio de la explotación colonial y el etnocidio. Las sociedades industrializadas acaparan el 80 por 100 de la riqueza y el comercio mundiales, el 85 por 100 de los recursos empleados en educación, más del 90 por 100 de la producción industrial y los servicios, y casi el 100 por 100 de las instituciones dedicadas a la investigación científica y tecnológica. Y es conocida cuál es la distribución desigual de esos mismos conceptos en el interior de los mismos países desarrollados. Para las mayorías, en el plano regional, nacional e internacional, la autosatisfecha «civilización» (orgullosamente creída cumbre de la evolución cultural humana) les reserva el privilegio de la miseria, la impotencia y la ignorancia.

Por estas, entre otras, razones, el concepto clásico de cultura se ha quedado estrecho. Ningún estado moderno constituye un sistema autosuficiente de inserción en el medio ecológico, con su síntesis de respuestas originales y soberanía autónoma. Tal vez siga siendo válido aún, por menos tiempo cada día, para algunas sociedades «primitivas», muy lejanas o no descubiertas. La historia contemporánea (si no provocan la destrucción, o no se desencadena por error la guerra nuclear, cosa que —según la prensa— ha estado a punto de ocurrir en tres ocasiones, últimamente) parece dirigirse hacia una cultura universal, planetaria. Y aquí radica otra fuente de problemas y desafíos.

Los hombres somos enculturados en una sociedad concreta, en un tejido particular de relaciones primarias, y ésta es seguramente nuestra *alma mater* más plena. De la tribu al estado nacional, la enculturación ha progresado hacia formas culturales y de conciencia regresivamente logradas y menos arraigadas. Con todo, ahí está cierta conciencia de identidad cultural y nacional, que alcanza no rara vez una resonancia épica. Es lo máximo conseguido, siendo así que la magnitud de la problemática actual requiere formas de conciencia mundial, puesto que ya no hay grandes problemas exclusivamente locales, regionales o nacionales. Éstos se encuadran en macrorregiones de un sólo sistema planetario. Toda cultura particular queda manca para alcanzar las soluciones que necesita, lo que se agrava con la ceguera constitutiva de cada cultura —o al menos la miopía— para ver la realidad global, ya que hasta ahora nadie nos ha enculturado en una perspectiva mundial.

Una mera cultura particular resulta, a la altura de estos tiempos, menos humana; es decir, chica para la talla actual de la especie humana. Las culturas particulares representan otras tantas humanidades parciales, diferenciadas, que han explorado lo

humano frecuentemente en muy diversas dimensiones. Al evidenciarse el hecho de la interdependencia de todas las sociedades humanas y surgir la prospectiva de una cultura o civilización universal, cada humanidad parcial está llamada a la superación de sus límites, en las relaciones con las otras, con la pluralidad.

El error del planteamiento vigente estriba en confundir cultura universal con universalización de una cultura particular, por el atajo del imperialismo y el etnocidio, cuya prosperidad no mengua. Semejante error acarrearía un empobrecimiento cultural sin precedentes: la homogeneización mundial, conforme al molde de una sola variedad sociocultural, con aniquilación de las restantes. Sería como matar la gallina de los huevos de oro. Pues, ya hace años, advertía Lévi-Strauss cómo el mecanismo de la evolución histórica se ha apoyado siempre, precisamente, en la «coalición cultural», que presupone la participación de miembros dispares y heterogéneos. Si se anula la diversidad, la humanidad uniformada encallará en un orden moribundo.

Habría que llegar a una salida constructiva para las tensiones entre particularismo y universalismo culturales, entre la diversidad y la unidad.

Limitación humana e institucional

Todo este estado de cosas exige un replanteamiento a fondo de las directrices en curso. No han faltado análisis y críticas, que ponen al descubierto el desfase, tanto humano como institucional, que impide un avance suficientemente rápido hacia soluciones eficaces.

El *desfase humano* se refiere a la deficiente preparación de los hombres para afrontar los problemas mundiales; es «la dicotomía que hay entre la creciente complejidad de nuestros propios actos y el retraso en el desarrollo de nuestras capacidades» (J. W. Bokin y otros, *Aprender: horizonte sin límites*. Informe al Club de Roma. Madrid, Santillana, 1979, pág. 26). El potencial humano se encuentra como atrofiado artificialmente, infrautilizado. Urge revitalizarlo, abrir camino al aprendizaje, a fin de remontar el desfase humano; un aprendizaje no sólo de los individuos sino de las sociedades; no sólo un aprendizaje mantenedor de los saberes, métodos y criterios establecidos, sino un aprendizaje innovador, que anticipe el futuro y haga participar en su configuración.

En esta clave del aprendizaje convergen los análisis críticos del sistema educativo, realizados por diversas corrientes de la pedagogía liberadora, que subrayan, además, otros aspectos. Me refiero a Neil, Freinet, Milani, Freire, Goodman, Illich, etcétera.

Esta crítica al sistema educativo no es sino un inicio de denuncia del *desfase institucional*, que afecta por igual a otras instancias de la organización social. Las instituciones conformadoras de la cultura están completamente desajustadas respecto al cumplimiento de los objetivos que teóricamente se les asignan y que una realidad problemática reclama de ellas. Al igual que la escuela o la universidad, los grandes

medios de comunicación masiva —cada día con mayor influjo social— se comportan como grandes aparatos de producción de ignorancia. Aplicados primordialmente a la manipulación de la opinión pública, distorsionan la percepción misma de los problemas, al tiempo que están rigurosamente vedados para el pueblo. Ni por asomo son una ágora abierta al diálogo social e intercultural. Contribuyen, más bien, a la informatización de la vida, en detrimento de la libertad y la supervivencia.

La cultura popular no puede contar con los medios de comunicación masiva, como tampoco cuenta con la escuela, ni siquiera con instituciones propias de cierta importancia. Al no poder institucionalizarse y serle ajenas las instituciones culturales vigentes, se puede concluir que, en tales condiciones, simplemente no puede existir una verdadera cultura popular. No queda espacio para la creatividad cultural que debería capacitar al pueblo para encarar autónomamente las situaciones nuevas y los conflictos. Sólo queda el amaestramiento. El adoctrinamiento (violencia simbólica) resulta indisociable de la educación, la instrucción, la información, la catequización, la diversión, dado que lo que interesa antes que nada es hacer circular los mensajes que mejor aseguran los beneficios.

No pisar la hierba que crece

A pesar de todo, si hemos de alimentar la esperanza, ésta atraviesa por medio de esa realidad conflictiva y adversa, y no por añoranzas de ninguna edad de oro. Si hay alternativas, deben estar ahí, brotando en silencio, creciendo con poco ruido, soportando fracasos en desigual combate con poderosos sistemas. Sería preciso sentir crecer la hierba.

Caminos de esperanza para la cultura y la supervivencia humana serán los que conduzcan hacia la *armonía entre sociedad y naturaleza*: En esto, tendríamos mucho que aprender de pueblos que acostumbremos a tachar de «bárbaros» y «salvajes». Quizá también tendríamos que inventar, y reorientar la investigación para ello, en busca de nuevas tecnologías y relaciones económicas que preserven los recursos naturales y estén al servicio del hombre, nuevas formas de convivencia y organización política, nuevos valores y actitudes.

Otro camino esperanzador se abre por medio del *respeto a la alteridad cultural*: superando el tribalismo y el feudalismo de los estados, que dividen artificialmente a la humanidad y la convierten en enemiga de sí misma. Cualesquiera pasos constructivos hacia una civilización planetaria, que concierte las diferencias culturales en lugar de aniquilarlas, que rechace el uniformismo castrador, que ponga a salvo las identidades socioculturales regionales y nacionales, en el marco de la común identidad humana, paritariamente asumida, constituirán otros tantos gestos y signos de esperanza.

Un tercer tipo de camino es el que puede vislumbrarse a través de las pedagogías liberadoras, cuando propician la *activación del potencial humano desde la autonomía*

popular: Los nuevos métodos educativos aportan un excelente instrumental para esta lucha. Parece que la capacidad cerebral del hombre es enorme y está en barbecho; si se cultiva, entraña inmensas posibilidades de aprender. Pero es necesario despertar ese potencial adecuadamente, poner en activo esos recursos de imaginación y creatividad, alentar las energías morales del sujeto humano, secularmente despreciadas por la estulticia de los llamados políticos.

Entre las experiencias y propuestas más destacadas, citaré algunas.

A. S. Neil, en su centro de Summerhill, pretende llegar a un saneamiento del inconsciente, creando un ambiente de libertad y respeto mutuo entre los niños. Estos se autogobiernan mediante la asamblea democrática, que excluye todo autoritarismo y que permite entablar relaciones personales auténticas y directas. El niño desarrolla su bondad espontáneamente, en ese clima, trabajando con alegría y siendo feliz, lejos del clásico sistema educacional entendido como acumulación de conocimientos abstractos e intelectualizados, suministrados bajo coacción.

En la tradición rousseauiana, se sitúa la pedagogía popular de C. Freinet. Desea abatir las barreras entre escuela y sociedad. El trabajo creativo ha de ser la clave de la educación, partiendo de la actividad natural que el niño despliega en el juego. Del juego en grupo al trabajo cooperativo, la educación inserta en el proceso social requiere la participación activa de los alumnos en la marcha de la clase y en la confección de los contenidos que se estudian. Para ello, utilizan una serie de técnicas: texto libre, diario escolar, libro de la vida, etc.

La escuela de Barbiana, con Lorenzo Milani, frente al carácter clasista y opresivo del sistema educacional, propugna una escuela popular, es decir, una línea partidista (opción por los pobres) que oriente las asignaturas. Sostiene el principio de no suspender; porque se suspende a los pobres y se aprueba a los ricos; y de lo que se trata es de que el pobre exprese y levante su cultura. El maestro debe estar junto al niño, no sobre él, dedicándole todo el tiempo necesario a cada uno. Se insiste en la comunicación abierta, el uso de los periódicos en la clase, la redacción, la historia, la educación cívica solidaria. No basta la revolución política que toma el poder; es imprescindible la liberación cultural del pueblo. Hay que convertir la escuela en instrumento de transformación social.

Paulo Freire, mediante la concientización, se propone la liberación humana integral. Se trata de pensar la educación para hombres concretos en una situación concreta. El hombre se hace sujeto por la reflexión crítica sobre la situación que está viviendo. El hombre se construye a sí mismo al llegar a ser dueño de sus relaciones con la naturaleza y la sociedad. Así crea cultura y crea historia, como sujeto, en lugar de ser arrastrado por la corriente de los acontecimientos o por la malevolencia de los poderosos. En consecuencia, la educación para la libertad debe adaptarse por completo al fin que persigue: el hombre sujeto, protagonista de su devenir histórico.

En contra de la escolarización obligatoria coercitiva, que aliena a los jóvenes, Paul Goodman aboga por una educación incidental. Esto es, servirse de la realidad misma como la mejor escuela: aprender del medio físico y cultural de la sociedad, en la experiencia directa, reduciendo a una dosis complementaria la enseñanza formal. Los hombres aprendemos primordialmente por la práctica. Propone la disolución de la mayoría de los centros docentes, que serían sustituidos por comunidades de estudiantes. Se crearían nuevas actividades, necesarias para la sociedad, en las que trabajarían los jóvenes, aprendiendo así. Mientras que la enseñanza universitaria se impartiría a los ya profesionales.

Ivan Illich por su parte, vincula el sistema educativo con el modo de producción, con los condicionamientos económicos y sociopolíticos. La educación, en la sociedad industrial, está perversa en medio de alcanzar metas económicas. Para instaurar una sociedad posindustrial, convivencial (donde el hombre domine sobre la máquina y sobre las instituciones), es menester limitar la educación formal y, simultáneamente, ampliar la adquisición espontánea del saber. Las personas pasarán de consumidores y usuarios a ser actores, recuperando la palabra y el derecho de decidir por sí. La estrategia postula invertir la lógica dominante de las instituciones, hasta evidenciar la crisis y lograr el despertar de la conciencia, la mutación social. Entre tanto, la tarea es preparar el advenimiento de ese modo de producción —y educación— convivencial y autónomo. La «desescolarización» significa, para Illich, supresión de instituciones manipuladoras: Acceso directo a las fuentes del saber (facilitando canales de contacto y materiales); dar oportunidad a todo el que quiera dar o recibir conocimientos; y libertad de expresión a través de los medios de comunicación masivos.

Perspectivas de futuro

En resumen, estas y otras iniciativas potenciadoras del elemento humano, que ya fermentan en el seno de la sociedad actual, señalan un claro objetivo de esperanza: Una humanidad reconciliada y protagonista de su historia. El punto de arranque casi unánime se funda en la opción por la liberación de los pobres y oprimidos, sea como individuos sea como pueblos. Sus principios rectores plantean el respeto a la libertad personal, el fomento de la conciencia crítica acerca de la realidad sociohistórica y la práctica humana (no la acumulación bancaria de datos), el fomento de la solidaridad y colaboración (no la competitividad ni el individualismo), y el fomento de la creatividad y la autogestión (no la pasividad ni el autoritarismo ni el mesianismo). Cada corriente a su manera proporciona tácticas para la subversión posible.

No cabe duda de que están despejados los criterios para el discernimiento de las señales del futuro, por vías como las que acabo de bosquejar. En el terreno práctico concreto, todavía se pueden rastrear otras muchas sendas que, sinuosamente, por doquier, avanzan con el mismo empeño. Evoquemos tan sólo asociaciones de vecinos, centros o talleres culturales, fiestas populares, grupos de teatro, escuelas sociales, publicaciones subterráneas, radios libres, cursos de teología popular, comunas, comunidades de base, movimientos ecologistas, feministas, no violentos, objetores de

conciencia, etc. Constituyen espacios donde se cuecen alternativas culturales, nuevos tanteos de lectura en ese libro críptico del mundo, que todo lo enseña; sitios donde se revaloriza la conciencia utópica de los pueblos, entre el caos de una maraña de problemas que hacen de la mera supervivencia una utopía imprescindible.

No hace mucho tuve la ocasión de asistir a la eucaristía de una parroquia de barrio pobre, en la que, con toda naturalidad, intervenían mujeres, hombres, niños, ancianos y jóvenes. Todos gozaban del privilegio de la palabra. Y su palabra expresaba sin restricciones la realidad de sus vidas, angustias y esperanzas. A primera vista, me pareció todo muy normal. Pero, de pronto, quise imaginar en qué otros ámbitos sociales se reúne hoy el pueblo, así en primera persona y sin discriminaciones, para tratar de sus cosas. Y no hallé respuesta. Todo el montaje de la sociedad moderna se me aparecía como una compleja maquinaria de escisión y fragmentación del hombre, quien no encuentra ya dónde recomponer su unidad. Pensé, entonces, que allí se conservaba un fermento cultural altamente revolucionario.

Para terminar, después de atisbar las posibilidades que despuntan, hay una interrogante que permanece flotando como una espada de Damocles: Si todas esas alternativas en ciernes no estarán condenadas a la *marginalidad*; si no serán sistemáticamente desmanteladas en cuanto incidan más de lo permitido; o, peor aún, si no serán reintegradas como pieza y ornato de la megamáquina.

Esperemos que no. Los verdaderos principios de la liberación humana no serán nunca integrables por un sistema como el vigente. Ni la verdadera revolución cultural, ni la cultura popular. Lo que pasa es que no es posible hacer realidad una cultura autónoma e independiente, mientras persista una dependencia política y económica. De cualquier modo, sólo en esas balbucientes tentativas contraculturales nace y anima la esperanza activa, capaz de movilizar a los hombres por una supervivencia digna de tal nombre.